



Sjunal yutsilal k'op ta tseltal

Libro de
literatura
en lengua
tseltal



Incluye cd

© Dirección General de Educación Indígena
Avenida Universidad 1200, Col. Xoco,
C. P. 03330, México, D. F.

Primera edición, 2018
ISBN: 978-607-8456-66-6

Impreso en México.
Distribución gratuita.
Prohibida su venta.

Reservados todos los derechos.
Se prohíbe la reproducción total o parcial de
esta obra por cualquier medio electrónico
o mecánico sin consentimiento previo y por
escrito del titular de los derechos.

Libro de literatura en lengua tseltal

fue elaborado en la
Dirección de Apoyos Educativos de la
Dirección General de Educación Indígena de la
Subsecretaría de Educación Básica de la
Secretaría de Educación Pública

DGEI

Dirección editorial
Erika Pérez Moya

Coordinación Editorial
Gabriela Guadalupe Córdova Cortés

Diseño editorial
Jorge Mustarós Pérez

Formación editorial
Jorge Mustarós Pérez

Cuidado editorial
Armando Hitzilin Égido Villareal

Testigo de audiolibros
Ely Dorinda Manuel Carlo

Servicios Editoriales
Sociedad para el Desarrollo
Educativo Prospectiva S.A. de C.V

Leer nos incluye a TODOS, IAP

Dirección y Coordinación
Fernanda Rosete Mac-Gregor Staines

Mediación
Amalia Acitlali Vásquez Córdova
Carlos Arias Galindo
María Teresa Valencia Ávila
María Esther Pérez Feria

Ilustración
David Álvarez

Audiolibros
Carlos Alberto Matamoros Gómez



* La interpretación y reinterpretación de
textos se realizó a partir del libro
Sjunal yutsilal sk' op ya 'yej jlumaltik,
Chiapas; editado en 2003 en el Taller de
actualización de siete libros en lenguas indígenas
de Chiapas y Yucatán por docentes convocados
por IBBY México / Leer nos incluye a todos,
del 12 al 16 de Marzo de 2018.

Interpretación en lengua y
reinterpretación de textos *

José Luis Sántiz Gómez
Sandra Rocío Cruz Gómez
Mario Hernández Jiménez
Rolando Hernández Sánchez
Samuel Sántiz Gómez

1º Corrección de estilo y gramatical
Ma. Esther Pérez Feria.

2º Corrección de estilo y gramatical
Rodrigo Flores Sánchez

Interpretación
al español



—Tu cuerpo ya se contagió por completo y será muy difícil darle una cura. Te recomendamos regresar a casa y cuidarte los días que te quedan de vida.

El viejito Mariano regresó cabizbajo y triste a su casa.

Un día viernes reunió a sus siete hijos, les platicó que se sentía sin fuerza y con dolor en todo el cuerpo.

—Así pues, les digo a ustedes, que cuando muera construyan una carreta de madera y busquen siete caballos colorados para que me lleven jalando hasta la tumba. Si no lo cumplen, será la muestra de que no me quieren —advirtió el viejito.

Llegó el tiempo, falleció. Sus siete hijos se reunieron y acordaron cumplir los deseos de su padre. Así mandaron hacer una carreta de madera y un cajón del mismo material. Únicamente, de los siete caballos colorados que pidió, les faltaron tres. Llegó el tiempo de su entierro, trajeron los caballos colorados para que llevarán jalando la caja. Sin embargo, en cuanto quisieron jalar el cajón no pudieron hacerlo más que a medio camino. Los animales se encontraban exhaustos.

Los siete hijos empezaron a dudar de los deseos del padre. No sabían qué hacer. Ya era tarde y el cielo se comenzó a nublar, cuando de pronto, un trueno se hizo escuchar. El cajón del viejito Mariano se abrió y el difunto salió de él para hablar con sus hijos.

—No cumplieron mis palabras. No sufran más, yo tomaré mi propio camino. Me iré solo, caminando despacito, a mi rimo. Iré directito a mi tumba a recostarme y a descansar ahí.

Elías López Rodríguez

45. La Luna y sus hijos

Audio 113

Antiguamente sabían de la historia de la Luna y sus hijos. Según nuestros ancestros, la Luna y sus hijos, que nosotros vemos todas las noches, se encuentran alto y lejos.

La Luna y sus tres hijos comen, duermen y trabajan igual que como vivimos en la Tierra. Dos de ellos son muy trabajadores, porque hacen milpa, mientras que el más pequeño es muy haragán y se convierte en jaguar. Este hijo es temido por muchos.

El joven haragán se enoja mucho con sus hermanos. Un día, el joven haragán pensó en juntar semillas de algodón. Cuando tuvo suficientes, salió a caminar. A mitad del camino sacó las semillas y las aventó arriba de los árboles y regresó a

su casa. Al llegar a su casa les dijo a sus hermanos que había visto un panal en el medio camino. Sus hermanos contentos aceptaron ir a ver el panal del que tanto contaba. Los hermanos subieron al árbol a buscar el panal mientras el hermano haragán les esperaba abajo. Cuando los hermanos lo encontraron tomaron de él un poco y comenzaron a disfrutar de la miel desde la copa del árbol sin convidarle nada al hermano que se había quedado al pie esperando.

—Hermanos, denme un poco de miel —pidió el hermano haragán.

—Espera hermano, estamos buscando miel todavía —mintieron.

Después de pasar un buen rato, los hermanos por fin descendieron del árbol solamente trayéndole desperdicios del panal. El hermano se enojó mucho y quiso destruirlos. Empezó a juntar la cera de miel y la convirtió en tuza. Ordenó a la tuza entrar en la tierra para cortar las raíces del árbol. La tuza comenzó a trabajar, cada raíz que cortaba hacía un ruido estremecedor.

El par de hermanos trabajadores se encontraban en la cima del árbol.

—¿Qué estás haciendo hermanito? —preguntaron.

—Nada —dijo el menor. Pero a los pocos minutos la tuza terminó de cortar las raíces y el árbol cayó. Con el árbol, cayeron los hermanos, quienes murieron del golpe intenso. El hermano haragán no sabía cómo explicar la situación a su madre.

Cuando regresó a su casa, la madre ya estaba esperando desesperada en la puerta.

—¿Dónde dejaste a tus hermanos?

—Se quedaron comiendo miel —se excusó el hermano.

Pasaron horas esperando, hasta que la mamá volvió a preguntar:

—¿Dónde dejaste a tus hermanos? ¡Vete a buscarlos! Diles que ya se vengán.

Así, fue a buscar a sus hermanos. Volvió a regresar a su casa y le dijo a su mamá que todavía se habían quedado comiendo miel.

—Háblame claro, ¿por qué no llegan tus hermanos? —algo presentía la mamá. Algo le indicaba que sus hijos habían muerto. Comenzó a llorar pues se sentía sola y desprotegida sin sus otros hijos.



46. Plantas medicinales

Audio 114

El niño haragán, al ver a su mamá tan triste, le dijo:

—Mamá, no pienses en tu comida, yo te voy a mantener. Si quieres saber de mis hermanos ve a tocar tres veces la canoa y te enseñaré lo que pasó con mis hermanos.

La mamá siguió las instrucciones. Vio venir a los animales del monte: tepezcuintes, aves, gatos de monte, conejos y otros animales. Mientras los veía, lloraba fuertemente.

—¿Por qué mataste a tus hermanos?

—¿Por qué lloras, mamá? ¿No me has escuchado? ¿A poco no tienes oído? Yo ya te he dicho que te voy a mantener. Yo voy a trabajar mucho. Yo no trabajaré como lo hicieron mis hermanos, lo haré diferente.

Al escuchar la palabra de su hijo, quedó callada porque lo conocía desde siempre y sabía que era un haragán. Al día siguiente, el hijo flojo se levantó muy temprano y se fue a trabajar. Llegó al lugar de trabajo y colocó todas las herramientas en las esquinas del terreno. Puso el machete, el hacha, la coa. Cuando estuvo listo dio la orden:

—¡Caigan en el suelo, árboles! Voy a sembrar milpa aquí.

Cuando dijo eso, los árboles empezaron a caer mientras él miraba satisfecho.

Atardeció y regresó a su casa. Su mamá seguía muy triste y él la consoló diciéndole que él había trabajado todo el día para darle alimento. La mamá ya no creía en las palabras de su hijo, así que le pidió ver todo eso que decía.

—Mañana me vas a ir a ver a mi trabajo y me vas a llevar pozol.

—Está bien, hijo —respondió su mamá. Iré mañana temprano.

En cuanto amaneció, el hijo emprendió camino al trabajo. Entonces vio que se habían levantado todos los árboles. Se puso triste, volvió a colocar sus herramientas y ordenó a todos los árboles que se cayeran porque ahí haría su milpa.

En cuanto la madre se dio cuenta de que su hijo haragán había trabajado arduamente, algo en ella se encendió de alegría. Se sentía orgullosa del trabajo de su hijo.

Desde hace trece años algo le sucedió a un hombre de Ocosingo. Un día, el hombre Caribe fue a buscar carne de animal a la montaña para alimentarse y también a su esposa e hijos, pero le picó una víbora venenosa llamada nauyaca. Cayó sentado en el suelo y no pudo levantarse por el dolor en su cuerpo. Enloqueció del dolor, pero hizo un esfuerzo por cortar una hoja de una planta que estaba a su lado de él. Metió en su boca la hoja y la masticó hasta tragar el jugo. Cuando hizo efecto, el dolor se detuvo.

Luego de recuperarse, se levantó y se fue a su casa triste. Inmediatamente fue visto en el camino por su esposa e hijos, a quienes narró por qué no había llevado carne a la casa.

—Sufrí mucho en el bosque, encontré al venado cuando corría con el perro. Cuando finalmente lo íbamos a cazar, me di cuenta que venía hacia mi una serpiente nauyaca. Me mordió en el pie y ni tiempo me dio de tomar el machete para defenderme pues regresó a su madriguera en seguida. Me quedé sentado en el suelo sin poder moverme. Pensé que no era mi momento de morir, así que, tomé una hoja y la mastiqué. ¡Encontré la cura a la mordida de una víbora!

Los que escuchaban la narración decidieron ir en busca de la hoja. Cuando llegaron al lugar que les habían contado, encontraron la sangre como rastro de la mordida y cerca de ahí, la planta.

Comentaron que habían encontrado la medicina que cura rápido la mordida de serpientes.

Escribí esta historia porque en nuestros pueblos saben que nos cura rápido y de forma efectiva. Todo animal que es mordido por la víbora nauyaca, como el ganado, el cerdo, el caballo, el perro, también se curan con la misma planta. Así sucedió en nuestro pueblo y también suceden historias como ésta en otros pueblos.

Esteban Jiménez Gutiérrez Nazaret Winik

47. La maravilla de aprender

Audio 115

Son tan maravillosas las personas que a la escuela van, lo reflejan aquellas sonrisas que irradian alegría. La Madre Tierra los observa con tanto júbilo.

Libro de Literatura Tseltal,
se terminó de imprimir por encargo
de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos

